

Los nuevos movimientos sociales y la revolución*

Hunter, Allen

Allen Hunter: Cientista social estadounidense, investigador y director administrativo del Centro Havens de Estudios sobre Estructura y cambio social, Universidad de Wisconsin, Madison..

Los objetivos de los nuevos movimientos sociales son radicalmente subversivos con respecto de los órdenes sociales actuales y demandan una transformación política socio-estructural, institucional e inter/intrapersonal. Dichos cambios pueden no implicar o terminar en nada parecido a las revoluciones anteriores; pero sus metas - aun cuando se expresen a través del lenguaje de la democracia y del derecho - sólo pueden lograrse mediante cambios extensos.

Hoy en día, pocos radicales demandan la revolución. Muchos la consideran una quimera peligrosa. George Steiner resumió muy bien ese temor: «Cuando [Marx] pedía un reino de justicia social, de fraternidad sin clases en esta tierra, estaba traduciendo a términos seculares el repentino rayo de luz mesiánico (...) El egoísmo humano, el pulso competitivo, el deseo vehemente de despilfarro y ostentación sólo puede ser sofocado con la violencia tiránica. Y, a su vez, los mismos que practican esa violencia degeneran en la corrupción. Inevitablemente, los ideales socialista-colectivistas parecen conducir a una u otra forma del Gulag.» (p. 113). Marxistas analíticos y teóricos críticos rechazan a la par los elementos hegelianos, los elementos teleológicos de las versiones marxistas de la teoría revolucionaria (Elster; Benhabib). Los demócratas radicales subsumen el socialismo en la democracia y subrayan la continua expansión de derechos democráticos que no rompen estructuralmente con el capitalismo (Bowles/Gintis; Laclau/Mouffe; Mouffe). El acento en el potencial de la sociedad civil va asociado a un repudio de la revolución (Araato/Cohen). Los nuevos movimientos sociales, representados como faltos de interés en la toma del poder estatal, también han sido invocados para legitimar el repudio a la revolución (Cohen; Touraine).

Los críticos contemporáneos discrepan con tres aspectos principales de la teoría revolucionaria: el énfasis estratégico en la toma del poder, la transformación de las

estructuras sociales y los anhelos utópicos. En primer lugar, el momento político de las revoluciones ha sido definido clásicamente como una ruptura decisiva del orden político, cuando el pueblo oprimido - generalmente operando fuera de las reglas políticas establecidas, y muchas veces recurriendo a la violencia - arrebató el poder a sus opresores para establecer nuevas formas de gobierno político que prometen garantizar un orden social más justo. Existen diversas razones por las cuales este concepto milenarista de la revolución como ruptura total con el pasado dejó de ser analítica o emocionalmente vinculante para muchas personas hasta hace poco atraídas por él: la desesperanza en relación con las posibilidades de cambios fundamentales en Occidente; el temor de que esas tomas del poder puedan llevar solamente al autoritarismo; la preocupación de que la toma del Estado y las cimas dominantes de la economía resulte insuficiente para lograr los objetivos trazados por muchos movimientos sociales contemporáneos, porque el poder y la política no se definen exclusivamente por el Estado sino que ayudan a constituir todas las relaciones sociales; la hostilidad hacia los partidos revolucionarios clásicos, vistos como elitistas y acusados de reducir objetivos cualitativamente diferentes a un universalismo homogeneizado.

Segundo, en las definiciones clásicas la revolución supone la transformación cualitativa de toda la estructura social, no sólo de las instituciones políticas dominantes. Desde esa perspectiva, la revolución es necesaria para superar los obstáculos del sistema, los impedimentos estructurales al cambio deseado. Este aspecto de la revolución también está desacreditado. Las teorías revolucionarias se han centrado en rasgos supuestamente esenciales de una sociedad, dando por sentado que destruir esas estructuras traería el amanecer de una nueva era, porque con ellas sucumbirían también los patrones secundarios de opresión y dominación. El principal culpable teórico en este caso es el marxismo, al que se le critica el reduccionismo centrado en las clases y un énfasis exagerado en el capitalismo. Pocos radicales contemporáneos creen que todas las desigualdades sociales puedan explicarse exclusivamente en términos de las relaciones de clase, o que el capitalismo sea un campo de dominación unificado, único y responsable de todos los problemas contra los que luchan los movimientos sociales. Ciertamente muchos radicales sostienen hoy en día que las explicaciones unívocas son mitos elitistas, enunciados para legitimar posiciones de privilegio, y que terminan en políticas autoritarias.

En tercer lugar está «la cuestión de la visión», el momento utópico cuando las revoluciones se proponen crear un nuevo orden social. Los revolucionarios buscan el poder para fracturar las limitaciones estructurales al cambio social, porque ellos visualizan una sociedad más justa y liberadora. Ese es el momento emancipador de

la revolución; él ha implicado redención, trascendencia e incluso la perfectibilidad humana. Así, por ejemplo, en los «Manuscritos económicos y filosóficos» Marx escribe «el comunismo (...) es la resolución genuina del conflicto entre hombre y naturaleza y entre hombre y hombre - la verdadera resolución de la contienda entre existencia y esencia, entre objetivación y autoconfirmación, entre libertad y necesidad, entre individuo y especie. El comunismo es el enigma de la historia resuelto, y él sabe que él es la solución». (Tucker 1978, p. 84).

Hoy en día ese aspecto de la revolución parece demasiado utópico, apocalíptico y unidimensional: para los activistas y teóricos de los nuevos movimientos sociales la esperanza (especialmente prominente en ramificaciones hegelianas y populistas del marxismo) de que la separación entre lo particular y lo universal, entre el yo y los otros, entre el sujeto y el objeto pueda superarse no es solamente ilusoria, sino también peligrosa, porque el intento de trascender todas esas divisiones puede eliminar la diferencia cultural, los derechos individuales, la libertad y la tolerancia ¹. La mayoría de las visiones utópicas han surgido de críticas a alguna forma básica de opresión o alienación - sea la destrucción de la comunidad, la distancia de lo divino o de lo natural, la explotación del trabajo o la pérdida de autenticidad - que la revolución podría vencer. De esta manera los radicales del presente ven las utopías del pasado no sólo como potencialmente peligrosas, sino como distantes de los diversos proyectos políticos en los que ellos están involucrados (Kaufmann).

Ese repugnante repudio de la revolución es a la vez causa y consecuencia de la crisis de la modernidad. Aspectos centrales de la tradición revolucionaria socialista - la violencia de la revolución, el autoritarismo de los regímenes socialistas, y la incapacidad de los movimientos y partidos socialistas en Occidente para forjar las alternativas obligatorias a sus propias sociedades o regímenes socialistas - han contribuido a la crisis de la modernidad. A su vez, las dudas sobre la razón de la ilustración, las preocupaciones por la dominación destructiva enclavada en la ciencia y la tecnología, y el entusiasmo por las identidades particularistas han socavado el compromiso con la revolución al poner en tela de juicio los supuestos modernistas en que se basan esos compromisos².

¹Para los conservadores este temor legitima convenientemente los temores antielitistas y antipopulistas: las visiones totalizantes no proceden de las políticas democráticas liberales, sino brotan ya desarrolladas del idealismo temerario de los elitistas arrogantes, y/o significan el desencadenamiento de movimientos populistas incontrolados, viscerales. Pero los conservadores no son los únicos que critican las visiones emancipantes. Para un útil compendio de las preocupaciones posmarxistas sobre la emancipación como un objetivo político, y críticas al respecto, v. Ernesto Laclau.

²Tanto Goren Therborn - quien todavía le encuentra valor a proyectos modernistas - como Zygmund Baumann - quien se adhiere a la posmodernidad - vinculan los destinos del socialismo y el comunismo a la modernidad. (Therborn 1992; Baumann 1991). Ciertamente Baumann afirma que «la gente que celebra el colapso del comunismo, como lo hago yo, celebra más que eso, sin que lo

Hoy en día se proponen diversas posturas políticas que quieren representar alternativas realistas a la política revolucionaria. Entre ellas se incluye abrazar la sociedad civil, la democracia, los derechos humanos, la política de la identidad particularista, los nuevos movimientos sociales, los románticos repudios pre y posmodernos de la tradición de la Ilustración. No son posturas estrictamente paralelas, algunas se basan más en la crítica intelectual y otras en la práctica política. Y tampoco son mutuamente excluyentes; muchos teóricos y activistas favorecen simultáneamente el enriquecimiento y la expansión de la esfera de influencia de la sociedad civil, por ejemplo mediante el fortalecimiento del activismo de movimiento social. Otros movimientos procuran metas amplias a través de diversas esferas. Muchos movimientos feministas, por ejemplo, tratan de reformar la sociedad civil, la democracia y el régimen de derechos humanos para que contribuyan a socavar, y no a reproducir, la desigualdad entre los sexos; esas activistas debaten sobre si los objetivos específicamente referidos a las diferencias entre los sexos o los más universalistas son mejores para promover los objetivos feministas, y tratan de entender si la racionalidad occidental es masculina, y de ser así, si es posible modificarla. En el Tercer Mundo algunos movimientos populares rechazan la ciencia tecnocrática, invocan los derechos humanos y buscan expandirlos rasgos democráticos de la sociedad civil, como complementos necesarios para sus luchas por lograr la justicia económica y el mantenimiento del medio ambiente.

Si bien creo que los actuales repudios a la revolución registran, acumulativamente, una crítica obligatoria a las tradicionales nociones de revolución, no puede negarse que también presentan sus propios problemas. Permítaseme mencionar sólo dos inquietudes. En primer lugar, contrastar favorablemente los nuevos impulsos políticos con las tradiciones políticas previas es un gambito retórico comprensible; sin embargo, comparar los ideales y potenciales de movimientos políticos de pasado breve, aún en su florecencia, con los problemáticos resultados de los movimientos políticos con historias largas y marchitas, es analíticamente inadecuado. Un aspecto autoilusionario de la actual celebración de la política posrevolucionaria es la creencia de que el rechazo de las prácticas superadas y la fidelidad a los nuevos valores resulta suscite para evitar problemas similares a los que se enfrentaron en las luchas políticas del pasado. Existe la tendencia a confundir los ideales de la teoría revolucionaria con los resultados de las tomas del poder revolucionarias, como si las tomas del poder estatal por autoproclamados revolucionarios fueran las únicas tomas del poder estatal en las que los resultados están reñidos con las promesas iniciales. Pero la tradición jacobina está muy lejos de ser la única que produjo resulta-

sepa siempre. En realidad celebra el fin de la modernidad, porque lo que colapsó fue el intento más decisivo de hacer que la modernidad funcionara; y fracasó. Fracasó tan flagrantemente como flagrante fue el intento.» (Baumann, p. 222).

dos radicalmente degenerados con relación al futuro prometido. (La economía de mercado en EEUU en los años 80 es solamente un ejemplo reciente, pero igualmente lo es la degeneración de Solidaridad, en Polonia, de sus promesas como un movimiento de oposición «autolimitativo» a un conjunto fracturado de tendencias políticas y funcionarios estatales). Y esta es apenas una de las formas como los críticos le imputan a la política revolucionaria problemas que pueden ser mucho más endémicos en el proceso general de cambio histórico. Más específicamente, asuntos persistentes, inquietantes como la relación entre el fin y los medios, el uso de la violencia, el papel del conflicto y el hecho de denominar otros grupos como «el enemigo», no son sólo provincia de la política revolucionaria.

En segundo lugar, existe la tendencia a fusionar ideas de revolución y consecuencias de tomas del poder revolucionarias, con ideales y prácticas de individuos y grupos dentro de organizaciones revolucionarias. Sin embargo, históricamente muchos miembros, digamos, de organizaciones leninistas que apoyaron oficialmente las políticas estalinistas eran personalmente muy democráticos en su trato entre sí y en su forma de organizar a otros. No hay una correlación sencilla entre la significación histórica de un movimiento, la historia de su ideología oficial, y su historia si llega a gobernar.

A veces, es como si los críticos de la revolución pensaran que criticar resulta suficiente. Pero el resultado es que desvían la atención de asuntos teóricos, estratégicos y normativos cruciales, que surgen de las mismas alternativas ofrecidas en lugar de la revolución. No le prestan suficiente atención a las cuestiones de cuánto y qué tipo de cambio es necesario para concretar sus objetivos, qué significa hablar de transformación, y cuán profundamente deben modificarse las estructuras sociales e instituciones políticas existentes para que los cambios puedan materializarse. Este artículo se centra en las ambigüedades e imprecisiones de los nuevos movimientos sociales en su repudio de la revolución; pero creo que las distintas respuestas de radicales y ex-radicales al colapso de la política revolucionaria están abiertas a críticas similares y, voy a sostener, se necesita reformular la revolución antes de repudiarla³.

En verdad, los objetivos de los nuevos movimientos sociales son radicalmente subversivos con respecto de los órdenes sociales actuales y demandan una transformación política socioestructural, institucional e inter/intrapersonal. Dichos cambios pueden no implicar o terminar en nada parecido a las revoluciones anteriores; pero

³Estoy en minoría, pero no estoy solo en esta posición. Los autores de *Transforming the Revolution* (Amin, Arighi, Frank y Wallerstein), por ejemplo, afirman que los movimientos sociales contemporáneos están «transformando el proceso revolucionario mismo». (Amin et al., p. 11; comp. Epstein).

sus metas - aun cuando se expresen a través del lenguaje de la democracia y del derecho - sólo pueden lograrse mediante cambios extensos. Mis dudas no se refieren a los objetivos expansivos que plantean los movimientos sociales actuales. Realmente los movimientos contemporáneos son capaces de contribuir al cambio político radical y ofrecen la promesa de solucionar con formas diferentes los dilemas suscitados por las teorías y tradiciones revolucionarias, al tiempo que plantean importantes cuestiones marginales al pensamiento revolucionario del pasado. Pero en la actualidad la tosca yuxtaposición de (mala) política antigua y (buenos) movimientos sociales nuevos es autoilusoria, engañosa y puede inhibir necesario cuestionamiento crítico para un cambio radical. Voy a referirme a diferentes aspectos de los movimientos sociales contemporáneos que, me temo, sus seguidores no abordan lo suficiente y la mayor parte de la literatura académica sobre los nuevos movimientos sociales deja aún más de lado.

En primer lugar, pocos militantes de los movimientos sociales contemporáneos advierten cuán revolucionaria resulta la suma de sus demandas. Aquí hay dos aspectos. Algunos críticos de los nuevos movimientos sociales temen, por ejemplo, que los cambios a los que aspiran homosexuales y lesbianas puedan lograrse dentro de «la sociedad existente». Pero ver con preocupación el hecho de resolver con éxito problemas particulares dejando en pie las estructuras dominantes no vienen al caso. Desde el punto de vista de la gente en su identidad homosexual o lesbiana, ¿qué tiene eso de malo? Si los diferentes ejes de dominación son (relativamente) nítidos, entonces más allá de lo que se entienda por «la sociedad», la vida mejora dramáticamente si homosexuales y lesbianas pueden vivir en un mundo sin homofobia. Aunque es dudoso que ésta pueda eliminarse definitivamente sin abordar cuestiones más amplias como las relaciones entre los sexos, la familia y la sexualidad, pienso que debería ser un motivo de celebración y no de pesar el que se pudiera terminar con formas particulares de dominación sin un cambio revolucionario. Sin embargo, mi mayor preocupación no es tanto que los críticos marxistas o socialistas exijan algo de los nuevos movimientos sociales que no se desprenda de sus propios imperativos, sino más bien que muchos simpatizantes de los movimientos subestimen la verdadera extensión de los cambios necesarios para lograr los objetivos que ellos buscan. Esto es particularmente cierto en el caso de los movimientos que combinan preocupaciones ecológicas con valores feministas y/o de justicia económica; muchas veces evitan las cuestiones de los imperativos capitalistas, bien sea centrándose en problemas separados, o mezclando el capitalismo con la idea más vaga y compleja de la modernidad (muy bien puede ser que el capitalismo sea una variante de una categoría más general, tal como la modernidad, pero las críticas y modificaciones de la modernidad que no abordan las cualidades espe-

cíficas del capitalismo en cuestión son inadecuadas). Existe una tendencia conjunta a ignorar las cuestiones del poder y el conflicto. Puede ser cierto, como lo sostienen los post-estructuralistas, que el poder sea penetrante y forme parte de todas las relaciones sociales, pero aún queda pendiente el interrogante de cómo pueden cambiarse las relaciones de poder.

En segundo lugar, pocos movimientos contemporáneos tratan de poner en claro qué significaría el hecho de que los cambios a los que aspiran llegaran a mantenerse por sus propios recursos, en lugar de ser «simples» objetivos que deben perseguirse constantemente. Sugiero un modo provisional de formular la incorporación de los logros de los movimientos en la estructura social de la vida cotidiana, aunque debe reconocerse que tal esfuerzo requerirá mucho trabajo. En tercer lugar, creo que al vincularse cierta admiración hacia los nuevos movimientos sociales, con el abrazo a la sociedad civil y el ataque al estatismo, una considerable reflexión sobre el tema pasa por alto el grado en qué gran medida esos movimientos ciertamente dirigen sus demandas al Estado, atestan los organismos gubernamentales y tratan de modificar las relaciones entre el Estado y la sociedad. De manera similar, pese a todo el énfasis en las identidades, y no en los intereses, la mayoría de los movimientos actuales sí hacen demandas materiales, sí se dedican a negociar (aunque sea implícitamente) recursos escasos. Por ello, hay que depurar las críticas al estatismo y a los intereses sectoriales. En cuarto lugar, y más positivamente, creo que los nuevos movimientos sociales contemporáneos sí ofrecen una promesa de cambio fundamental, al combinar un énfasis en el cambio cualitativo, en nuevas formas de conocimiento y acción, con un interés central por enfrentarse a formas básicas de dominación.

La política transformadora

Las críticas a la teoría revolucionaria clásica nos instan a reconsiderar las visiones de una sociedad mejor. Sin embargo, pese a todo nuestro actual pesimismo y realismo en cuanto al cambio sistémico, en los objetivos políticos enunciados por los nuevos movimientos sociales, o en sus acciones, continúa estando implícita una transformación radical.

Los movimientos sociales contemporáneos establecen numerosos objetivos que no se pueden alcanzar mediante una reforma modesta. La teoría revolucionaria se ha centrado más que nada en cómo pueden hacerse las revoluciones, no en el mundo que ellas crearían (Walzer), y hay poco consenso «sobre lo que constituye el éxito del movimiento» (Tarrow). Sin embargo, es posible especificar los objetivos políti-

cos enunciados por los movimientos sociales contemporáneos y subrayar el grado de transformación económica, política y cultural que implicaría su realización. Los objetivos económicos incluyen reducir y después eliminar el hambre, las carencias materiales, la desigualdad económica grave y el antidemocrático control de los recursos materiales y financieros por parte de las élites⁴. Los movimientos sociales «verdes» se concentran en detener la degradación del medio ambiente y en el desarrollo sostenible, basándose en una crítica ecologista a la modernidad industrializante. Los nuevos movimientos sociales basados en la identidad buscan poner fin a la dominación y la marginación definidas por el racismo, el sexismo y la homofobia. Los movimientos populares de base campesina luchan por tierras, por agua y contra el agronegocio del monocultivo. Los pueblos indígenas procuran sus derechos, autonomía y la preservación de sus tierras y recursos. Además de estos objetivos sustantivos, los movimientos y organizaciones sociales están luchando por una vigorización y expansión dramáticas de la democracia, por el fortalecimiento de la sociedad civil y de las esferas públicas, por la extensión de los derechos humanos a nivel global, y por compromisos firmes con la libertad individual frente a la dominación estatal y las normas culturales represivas.

Esta breve lista indica la necesidad de lograr una gran transformación de fenómenos generales - instituciones políticas no democráticas, inequidades de orden económico, racial o sexual, las amenazas de la industrialización para los seres humanos y la naturaleza - y no «simplemente» el mejoramiento de problemas particulares. No existen límites para los asuntos específicos que los activistas abordan hoy en día: los indigentes y las viviendas inadecuadas, el desempleo, la educación deficiente, la atención sanitaria precaria, la violencia racial y la violencia contra los homosexuales, el sida, la violencia doméstica, la delincuencia, las drogas, los desechos tóxicos, la proliferación de las armas nucleares. Pero muchos de esos problemas específicos no se presentarían, o serían mucho menos graves, en un mundo que no estuviera estructurado por el racismo, el sexismo, la desigualdad entre las clases y la homofobia. Los movimientos dedicados a asuntos particulares tienen por lo general hipótesis, explícitas o implícitas, sobre la dinámica más amplia que

⁴Aunque la mayoría de la literatura sobre los nuevos movimientos sociales plantea que están enmarcados por la política cultural, y no por inquietudes distributivas, menciono la continua importancia de las demandas económicas por tres razones: a) la reflexión académica minimiza el componente económico de muchos temas de los nuevos movimientos sociales - por ej., temas de raza y sexo como la acción afirmativa o la valía comparable - que tienen dimensiones económicas claras; b) en EEUU los nuevos movimientos sociales no tienen el monopolio del activismo progresista, muchas organizaciones con militancias de clase trabajadora o pobre se organizan constantemente en torno a asuntos económicos, al igual que en torno a asuntos asociados con los nuevos movimientos sociales; c) en el Tercer Mundo los movimientos sociales populares muchas veces establecen sus bases entre los campesinos, los trabajadores urbanos y rurales, y los pobres, para quienes son prioritarias las demandas económicas por sí mismas o fusionadas con asuntos ecológicos o de otro tipo.

crea o agrava los problemas particulares. Puede que sea imposible lograr un mundo en donde, por ejemplo, no surjan enfermedades como el sida, pero la epidemiología de esta enfermedad habría sido muy diferente y mucho menos mortífera si África estuviera menos depauperada, si se reorientaran los miles de millones de dólares de la compra de armas hacia el desarrollo estructural, si las mujeres tuvieran más poder globalmente, si no se discriminara a los homosexuales, y si no fuera una ética sexualmente represiva la que organiza la mayor parte del discurso público sobre la prevención del sida. Es decir, todavía surgirán problemas particulares, pero en la medida en que se logren más plenamente los objetivos generales mencionados, los problemas específicos tendrán un impacto menor sobre menos personas y se abordarán más fácilmente y con un gasto de recursos menor.

Podría argumentarse que se exagera el alcance y profundidad de los cambios implicados en las demandas de los movimientos sociales contemporáneos; en verdad mucho de quienes militan allí sólo buscan reformas modestas y rechazan activamente un cambio revolucionario. Así que permítaseme dejar en claro los supuestos en que se basa mi razonamiento. Desde el punto de vista normativo doy por sentado que los objetivos generales de todos los movimientos sociales progresistas merecen respaldo, y prefiero aquellos tipos de movimientos que, en lugar de definir sus metas de manera estrecha, abrazan los objetivos de otros movimientos. Analíticamente doy por sentado que como los objetivos de numerosos movimientos están vinculados entre sí (en formas que a veces se apoyan mutuamente y otras veces están en tensión) hay que impugnar en forma más completa y abarcadora el orden social actual.

Los objetivos actuales de los movimientos sociales contemporáneos son más radicales, más complejos, y más incluyentes que aquéllos propuestos por liberales, anarquistas o socialistas, quienes daban por sentado que la transformación social sólo podía lograrse atacando el centro de la fuente de dominación. Los objetivos son radicales porque su realización requiere de transformaciones sociales en amplias facetas de la experiencia humana (desde aspectos íntimos de la vida cotidiana como la sexualidad y la crianza de los hijos hasta la organización de la economía mundial y su impacto en el medio ambiente natural), para que la dominación se convierta en un atributo inexistente o marginal, no un elemento central, de la lógica reproductiva de las relaciones sociales que han sostenido, *inter alia*, las desigualdades de clase, raza y sexo⁵. Los movimientos sociales radicales buscan cambios

⁵Comprendo que el término «transformación» es vago; apunta hacia algo más que reformas menores dentro de las reglas del juego existentes; es diferente de un «momento» revolucionario apocalíptico. Como indico más adelante, al emplear este término me refiero a cambiar las lógicas sociales que han reproducido la dominación, de manera que la dirección del cambio en esas lógicas repro-

que terminen con la dominación, no sólo reformas políticas que alivien los peores aspectos de aquella. Las reformas políticas son vías hacia esos cambios más básicos, o remedios temporales cuando no se pueden lograr los cambios más fundamentales.

Pero los objetivos no solamente son radicales, sino también complejos. No hay un nudo gordiano que pueda cortarse para desenmarañar todas las formas de dominación. Los cambios que buscan los movimientos sociales radicales requieren cambiar múltiples lógicas sociales para que dejen de reproducirse (por ejemplo la opresión racial y la destrucción del medio ambiente); modificar las interacciones entre las lógicas sociales para que su acción recíproca contribuya a la realización, y no a la frustración, de los objetivos de los movimientos; y adaptar las culturas y prácticas institucionales a las nuevas lógicas sociales más igualitarias. Finalmente, esos objetivos son más incluyentes que las visiones utópicas modernas porque rechazan el entusiasmo acrítico por el crecimiento económico sin renunciar a la equidad, y reconocen y aplauden la diversidad sin renunciar a la igualdad o a la libertad.

Sin embargo, radicales como son, esos objetivos no se basan en anhelos utópicos de redención fundamental, de perfectibilidad humana o de un final antihistórico de todos los conflictos y las tensiones. Los objetivos no requieren ni dependen de una superación comunitaria y radical de la diferencia entre el yo y el otro, ni de la inclusión del reino de la necesidad dentro del reino de la libertad. El orden social no se va a tornar transparente y directamente negociable en todos los aspectos, y la articulación política de muchas relaciones sociales continuará siendo necesaria. Más aún, esos objetivos no se asientan en un privilegiado agente social, en una teleología histórica o en una teoría social totalizante; se fundamentan normativamente en valores ampliamente compartidos, promulgados y refinados por movimientos sociales variados, pero no están garantizados ontológicamente. De ello resulta que la lista no sea exhaustiva ni el contenido fijo. Se podrían añadir muchos otros objetivos: los derechos de los niños, aumentar la esfera del placer y el deseo, vencer la discriminación contra los minusválidos, y la autonomía para los pueblos actualmente dominados por los Estados-nación, para enumerar sólo unos pocos. La forma abierta, participativa, como se generan los objetivos significa que cualquier conjunto particular de objetivos no articula un «fin de la historia» radical, un comunismo puro, o cualquier otro estado de equilibrio estatal o pacífico; no supone que las tensiones entre los objetivos sean superables en su esencia, pero tampoco comienza con visiones de la naturaleza humana o del determinismo institucional

ductivas sea hacia la disminución de la dominación, hacia el mejoramiento de la igualdad y la democracia. Reconozco que esto sigue siendo vago. Para una útil ojeada al uso del término en el contexto de Sudáfrica en la transición del apartheid consúltese a Mala Singh.

que excluyan la transformación radical. Finalmente, el que esos objetivos no estén fundamentados en impulsos milenaristas no garantiza que los intentos de convertirlos en realidad sean inmunes a la degeneración.

No existe ninguna garantía de que esos objetivos se vayan a alcanzar simplemente porque son factibles, humanos y moralmente necesarios. De hecho, los movimientos sociales contemporáneos enfrentan muchos impedimentos para su realización: son atacados; el pasado pesa terriblemente sobre ellos, y algunas veces representan una retirada de movimientos previos.

En primer lugar los nuevos movimientos sociales no son las únicas fuerzas políticas del presente ni las más poderosas; ellos compiten con otros movimientos o enfrentan su oposición. Incluso, como el anticomunismo colapsó conjuntamente con el comunismo, se están forjando nuevas demonologías para restarle legitimidad a diversos movimientos democráticos. El anticomunismo sólo era marginalmente una crítica razonada del autoritarismo; en realidad se movilizaba principalmente para defender intereses materiales o simbólicos. De hecho los movimientos y élites reaccionarios que se aferran tenazmente a sus posiciones dominantes están creando las demonologías para atacar a los antirracistas, feministas y conservacionistas. Por añadidura, los nuevos movimientos sociales no son los únicos que están respondiendo a las crisis contemporáneas de la modernidad. En la actualidad mucho más poderosos y mucho más violentos que los nuevos movimientos sociales son los numerosos movimientos que se unen en torno a versiones restaurativas de identidades nacionales, étnicas o religiosas fundamentalistas. Entre los atractivos de esos movimientos se cuentan las visiones de un orden social bien fundado y culturalmente coherente, y los nuevos movimientos sociales que rechazan los anhelos utópicos como anacrónicos, sin formar nuevas visiones cónsonas con sus objetivos, se van a encontrar probablemente en una situación de desventaja ideológica y cultural.

En segundo lugar, los objetivos radicales cargan con el peso del daño al medio ambiente causado por dos siglos de industrialismo y medio siglo de carrera nuclear. Si bien es posible que los desechos tóxicos, la pérdida de la biodiversidad y las amenazas a la biosfera no representen dilemas insuperables para la humanidad, es probable que sí obliguen a los movimientos radicales, al igual que a algunos analistas políticos testarudos, a enfrentar soluciones de compromiso entre alternativas insatisfactorias. Por ejemplo, es posible que no haya ninguna forma absolutamente segura de deshacerse de los millones de toneladas de crudo que se filtran de cantidades incalculables de barriles de petróleo en todo el mundo. Probablemente los mis-

mos peligros impondrán los límites a los impulsos antiestadistas y libertarios; el armamento clasificado como material nuclear debe ser vigilado y hay que controlar cuidadosamente y por tiempo indefinido los vertederos tóxicos. Mientras más empeoren esos problemas antes de que se aborden, mayores serán las demandas - desde arriba y desde abajo - de soluciones estadistas o incluso autoritarias.

En tercer lugar, las crisis del socialismo y el marxismo no sólo dejan el campo abierto para una exuberante explosión de nuevas formas de activismo de movimiento social; también influyen en el contenido político de esos movimientos, sobre todo en sus perspectivas sobre la macroeconomía y las clases. A nivel macroeconómico, las críticas al dirigismo económico y al marxismo pueden tomar dos caminos: la moderación y el reformismo, o hacia críticas más radicales de las economías modernas. Al carecer de una concepción del socialismo como ruptura decisiva con el capitalismo, pocos radicales tienen una conceptualización clara de maneras alternativas de organizar economías complejas. Si bien los socialistas se han concentrado históricamente en la economía, hoy en día existe «poca evidencia de que la tradición socialista esté a punto de revivir su proyecto económico. En verdad, es precisamente en esa esfera que ahora les falta confianza y originalidad» (Jacques, p. 14). Muchos economistas radicales y otros teóricos sociales creen ahora, junto con Adam Przeworski, que «la crítica socialista sobre la irracionalidad del capitalismo es válida, pero la alternativa socialista es irrealizable» (Przeworski, p.133). Este curso de análisis conduce a reformas dentro del capitalismo, sin ninguna claridad en lo que respecta a cuánto espacio económico y político existe para una mayor democracia económica y mayor equidad. Muchos de los que se adhieren a este punto de vista se jactan de su rigor y de su realismo, de su disposición a desechar los sueños cuando se enfrentan a los imperativos económicos.

Al mismo tiempo hay críticos del socialismo y del marxismo que no se están moviendo hacia un enfoque más moderado del capitalismo, sino que subsumen el capitalismo en una crítica más profunda de la modernidad, el industrialismo y el desarrollismo, sea capitalista o de socialismo de Estado. Más que encontrarle nuevas virtudes al capitalismo, por causa de su hostilidad hacia los regímenes socialistas, están desarrollando críticas «verdes» o ecologistas del presente que son diferentes pero no menos subversivas que el marxismo, concentrándose menos en la explotación y alienación del trabajo que en el impacto de la economía mundial sobre el medio ambiente físico y biológico y sobre la diversidad cultural⁶.

⁶Véase, por ejemplo, los ensayos en *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*. Sachs.

En cuestiones de clase, los nuevos movimientos sociales han retrocedido - al menos en las democracias capitalistas desarrolladas respecto de los aspectos más libertarios de la política de clases marxista. Por ejemplo, se presta más atención a la clase profesional de los nuevos movimientos sociales que a la influencia de aquella en los objetivos y métodos de esos movimientos. La justicia racial y sexual no sólo requiere que se corrija la desigualdad material que ha sido generada racial y sexualmente; también incluye cambiar las divisiones raciales y sexuales en el trabajo, superar la marginación de las expresiones culturales de las minorías y de las mujeres, y corregir los desequilibrios de poder entre las razas y entre los sexos. Pero la justicia de clases ha sido rebajada a una justicia distributiva, que no atiende ni a los patrones estructurales e institucionales que producen y reproducen la desigualdad material, ni a los asuntos sociales que no pueden reducirse a falta de igualdad. La justicia de clases no sólo precisa de la equidad distributiva, sino que reta también cabalmente las relaciones sociales que contribuyen a los patrones de dominación y subordinación, especialmente la división social del trabajo en planificación y ejecución. De primera intención podría parecer que la falta de atención a la clase hace que sea más fácil concretar exitosamente otros objetivos, dado lo radicales que son ya los nuevos movimientos sociales; sin embargo, dedicarse a preservar las posiciones de clase - no sólo los beneficios que se derivan de poseer el capital, sino también aquéllos que se acumulan para personas con capital cultural y posiciones de autoridad y experiencia - puede subvertir los impulsos democráticos y crear divisiones destructivas dentro de muchos movimientos sociales, al igual que puede influir en las visiones de los fines últimos. Un reto que enfrentan los movimientos hoy en día es poner en claro una política de clases que no esté basada en teleologías que postulan al socialismo como una ruptura total con el capitalismo, y que incorpore las críticas ecologistas al desarrollismo.

Los nuevos movimientos sociales van a encontrar difícil la realización de sus objetivos, no sólo a causa de la competencia de otros actores políticos y del peso de los legados históricos, sino debido a ciertos rasgos básicos propios. En la teoría tanto liberal como marxista de la revolución, las mayorías populares tratan de derrocar a las élites. Los liberales suponían que se podía terminar con el absolutismo derrocando a los reyes y reemplazándolos por formas burguesas de representación. Los marxistas daban por sentado que había que derrocar a los capitalistas para lograr el socialismo. El objetivo de la lucha de clases era el fin de la dominación del trabajo por el capital, la trascendencia de la existencia proletaria, y el fin de la sociedad de clases. Algunos aspectos cruciales de los nuevos movimientos sociales, de los movimientos pro identidad en particular, difieren tanto del liberalismo como del marxismo en formas que complican sus objetivos. Considérese la cuestión de cuántos

les son las bases sociales que respaldan los objetivos políticos. En tanto que los nuevos ciudadanos y las clases trabajadoras formaron (al menos en el ideal típico) las bases sociales del liberalismo y del socialismo, las bases de respaldo de muchos movimientos sociales son más difíciles de comprender. Los movimientos sociales contra el militarismo, la proliferación de las armas nucleares, la lluvia ácida, el efecto invernadero, la comercialización de la cultura popular, la intolerancia religiosa o las invasiones de la privacidad por parte de los gobiernos, no tienen bases de militancia claras, estables. Problemas generales como la amenaza de guerra, la destrucción del medio ambiente y una variedad de asuntos macroeconómicos carecen de bases «naturales» (Epstein; Wood). Además, aunque los grupos de identidad muchas veces recurren a metáforas esencialistas (raza, sexo o nacionalidad, por ejemplo) para recalcar su coherencia respecto a una base «natural», los movimientos sociales basados en la identidad tampoco tienen bases sociales estables, y la constitución política de las identidades no es fija. Mientras algunos movimientos forman coaliciones políticas con otros en torno a objetivos comunes, existe una tendencia igualmente poderosa hacia bases de unidad afectiva todavía más estrictamente depuradas, fragmentando así los movimientos pro identidad, en lugar de unificarlos. Las formas como se construyen socialmente, y varían históricamente las identidades, pueden tener una profunda repercusión en los medios y los fines políticos. Considérese la importancia de una política racial en EEUU, sea que los hispanohablantes estén unidos políticamente como hispanos, o divididos, digamos, en puertorriqueños, chicanos e inmigrantes unidos por su país de origen.

Por añadidura, los grupos de identidad son heterogéneos; existen diferencias tanto dentro como entre ellos; pueden fracturarse por fisuras ideológicas como el debate sobre la pornografía entre las feministas, o por diferencias sociales como raza, clase y etnicidad.

La naturaleza problemática de las bases de respaldo para la política de identidades y los nuevos movimientos sociales complica las cuestiones de la representación, un asunto crucial para la teoría y la práctica democráticas. Aun cuando muchos movimientos sociales radicales son intolerantes con formas representativas de gobierno, sólo pueden evitar, y no trascender, las cuestiones sobre quién puede y reclama hablar por quién. Las cuestiones de la voz y representación están involucradas únicamente cuando hombres blancos de la élite invocan un «nosotros» mayestático. Pocos movimientos pro identidad reclaman solamente hablar por sus miembros activos; también dicen hablar por otros «como» ellos, tales como otras mujeres, otros pueblos indígenas, otros homosexuales o lesbianas, otras gentes de color.

Los objetivos de muchos movimientos contemporáneos, especialmente los formados en torno a una noción de identidad, son también más complicados que los del liberalismo y el marxismo. Las mujeres, negros, lesbianas y homosexuales, y los indígenas americanos, inter alia, ni rechazan sus identidades ni buscan simplemente mayores recompensas materiales en su condición presente. Buscan transformar sus identidades para poner fin a la opresión y la marginalidad allí contenidas. De este proyecto complicado surge una diversidad de dilemas. En primer lugar, para que los activistas se transformen a sí mismos tienen también que cambiar a otros. A medida que las mujeres, la gente de color, homosexuales y lesbianas se habilitan a sí mismos y expanden la democracia y la libertad, los hombres, blancos y heterosexuales tienen que ser inhabilitados como los tipos de hombres, de blancos y de heterosexuales que los han oprimido. Los marxistas no buscan cambiar a los capitalistas, sino derrotarlos como clase; los políticos liberales no buscan cambiar los grupos de intereses, sino establecer los términos del compromiso. La política de identidades, sin embargo, demanda mucho más, tanto de los grupos subordinados como de los dominantes; exige cambios mayores y sutiles en las definiciones del ego y el otro, del yo y la comunidad, de diferencia y jerarquía, y de concepciones de la vida plena. En segundo lugar, aunque las identidades muchas veces están definidas en forma estrecha, se construyen mediante la articulación de redes de prácticas estructurales, institucionales y culturales; las mujeres no están sojuzgadas solamente por los hombres sexistas con quienes están en contacto directo, sino por las prácticas institucionales ejecutadas por mujeres al igual que por hombres, por creencias tradicionales profundamente arraigadas, por dinámicas económicas que no se reducen a las relaciones entre los sexos; los pueblos indígenas no sólo sufren la privación de sus derechos y libertades por la opresión nacional o racial, sino también a causa de poderosos intereses económicos que buscan apropiarse de los recursos naturales.

¿Hasta dónde llega el cambio que los grupos de identidad demandan de quién? ¿Cuáles son las implicaciones cuando la gente sojuzgada transforma sus identidades en forma tan completa que dejan de estar constituidas por patrones de jerarquía, marginación y silencio? ¿Hasta qué punto tienen que modificarse las recompensas materiales, los servicios, los patrones de acatamiento, las rutinas cotidianas, las tradiciones, los valores culturales, los hábitos y otros aspectos de las identidades de los grupos dominantes y subordinados, para que se transformen las lógicas sociales que han reproducido las jerarquías raciales, nacionales y sexuales? ¿Cuáles aspectos de las rutinas e incluso de las comodidades de la vida diaria permanecerán iguales para quién; cuáles serán sólo ligeramente modificados y por quién, y cuáles tendrán que ser transformados por quién? ¿Cómo pueden respetar-

se la autonomía y la integridad individual si se estimula y se obliga a la gente a cambiar? Las personas inhabilitadas en sus identidades presentes ¿pueden encontrar significado y satisfacción a través de la habilitación y libertad en nuevas identidades que no se basen en la opresión de otros? ¿Los objetivos de los movimientos de identidad demandan la creación de un mundo totalmente nuevo, o algunos cambios modestos en los patrones culturales - de blancura y masculinidad, por ejemplo pueden servir plenamente a objetivos antirracistas y feministas? ¿En qué forma varían las respuestas a estos interrogantes a través de los diversos modos de dominación y marginación?

Así pues, los movimientos sociales contemporáneos enfrentan obstáculos formidables, al mismo tiempo que sus objetivos necesitan un vuelco transformador mayor de lo que había previsto la mayoría de los utópicos. Es precisamente en este contexto que el mismo radicalismo de los nuevos movimientos sociales puede demostrar su utilidad. Los nuevos movimientos sociales radicales buscan cambiar las reglas del juego, «no simplemente la distribución de ventajas relativas en una organización dada» (Touraine, p. 753). En verdad, sólo cambiando esas reglas se pueden alcanzar sus fines. Resulta instructivo comparar los objetivos de los movimientos sociales con los de los grupos de interés. El pluralismo liberal presume que la competencia entre grupos de interés tiene lugar dentro de límites estructurales e institucionales existentes. El crecimiento económico es la base principal sobre la cual: a) los grupos competidores se avienen a un compromiso y b) se incorporan nuevos grupos al juego competitivo porque el crecimiento implica que no se produzcan soluciones de compromiso dentro de un juego de suma cero. El crecimiento económico puede disminuir, si no borrar, las tensiones y los conflictos. La acción afirmativa se acepta más fácilmente cuando el número de puestos de trabajo está aumentando: las regulaciones ambientales se aprueban más fácilmente cuando no implican pérdida de empleos y la base imponible está en expansión.

La política de los grupos de interés reclama un muy escaso cambio cultural o personal, especialmente de los grupos dominantes o élites, quienes no deben modificar su noción de derechos adquiridos o su comprensión de cómo tienen que funcionar las reglas institucionales básicas. Sólo deben modificar sus expectativas corporatistas basándose en cálculos racionales de equilibrio de fuerzas. En este modelo, los capitalistas y gerentes no tienen que integrar a su visión de una empresa productiva una preocupación por la calidad del trabajo o la salud y la seguridad; todo lo que tienen que hacer es acceder al turno en el poder. Al no haber modificado sus impulsos individuales o colectivos para maximizar los beneficios, buscarán los momentos oportunos para recuperar las ventajas perdidas.

Afortunadamente muchos movimientos sociales no solamente quieren más: también anhelan que las cosas sean diferentes. Buscan igualdad y respeto, autonomía y derecho a participar en la toma de decisiones, al igual que salarios más elevados. Estos pueden perfectamente entrañar crecimiento económico y redistribución, pero requieren aún más que se cambien el contexto social dentro del cual está insertada la economía, y las reglas del(os) juego(s). Tal clase de cambios sólo puede consolidarse a través de cambios en las propias lógicas sociales que mantienen la dominación, la marginación, y la destrucción del medio ambiente. Es por eso que Joan Cocks (p. 78), hace énfasis en que los cambios políticos y sociales perdurables tienen lugar cuando las personas «suplantando un universo 'moral-intelectual' por otro».

El cambio político transformador

Necesitamos una versión actualizada, y desde una perspectiva de movimiento social, del concepto de 'reforma revolucionaria' con el cual André Gorz se refería a «reformas que avanzan hacia una transformación radical de la sociedad» (Gorz, p. 6). Las reformas revolucionarias transforman las estructuras básicas subvirtiendo la «racionalidad y el espíritu práctico de un sistema dado» (p. 7). Cuando escribió *Strategy for Labor*, Gorz consideraba la clase trabajadora como el agente del cambio social y al capitalismo como la fuente de explotación sistemática y de la dominación, y anhelaba una forma de lucha que «no base su validez y su derecho de existir en las necesidades, criterios y fundamentos capitalistas» (p.7). Hoy en día los movimientos sociales retan las «necesidades, criterios y fundamentos» de muchos ejes de dominación al proponer formas radicalizadas de democracia para incrementar la habilitación de más personas en muchas esferas de la vida social, al proponer extensiones de los derechos humanos u otros conceptos de justicia para ampliar y profundizar el piso normativo en donde se basan los cambios sustantivos y de procedimiento, y al plantear transformaciones profundas que socaven los patrones persistentes de dominación y marginación.

En *Beyond Revolution*, Foss y Larkin proponen un movimiento social correlativo a las reformas sociales de Gorz. Los movimientos sociales exitosos transforman «la reproducción política y cultural de la sociedad» (Foss/Larkin, pág. 2). Ellos crean además «cambios en el punto de motivación de los participantes en los movimientos sociales, que se difunden en la población general» (p. 90). Este énfasis en cambiar las motivaciones básicas es importante, pero exige una reflexión cuidadosa. Estos autores utilizan el término «revolución socio-caracterológica», implicando que todos los aspectos de las identidades individuales y colectivas están unidos en-

tre sí estrecha y obligatoriamente. Hay que cuestionar en diversas formas la unidad social y psíquica que eso implica.

En primer lugar, el cambio social no es una proposición de todo o nada, como implica su frase. Por ejemplo, las mujeres no tienen que reestructurarse completamente para desafiar con éxito la supremacía masculina. Ellas tienen que cambiar la importancia relativa de ciertas conductas, ideas y prácticas, para que las formas de sociabilidad más acordes con sus ideales feministas tengan un papel todavía más importante en sus vidas, mientras que las prácticas que han reproducido la subordinación desaparecen. Esos cambios se vuelven estructurales a medida que se convierten en la base de nuevas rutinas, que se afirman en la cultura hegemónica y se absorben en las prácticas institucionales pertinentes. Esto no implica una trascendencia total del carácter social previo, aunque no está clara la magnitud del cambio necesario.

El «nosotros» implicado en la frase «militantes en movimientos sociales» debe ser cuestionado. Por mucho que se quisiera que tal fuera el caso, desafiar la dominación dentro de una identidad dada no se traduce necesariamente en «identificarse» con los dominados de otros grupos de identidad, ni garantiza expresiones de solidaridad hacia todos los individuos del propio grupo. Los desafíos a experiencias particulares de dominación no necesariamente llevan a la gente a oponerse a la dominación en todas sus formas. Aun más desafiante analíticamente es el hecho de que los individuos y los grupos homogéneos pequeños están constituidos por múltiples ejes de dominación y subordinación que interactúan en formas complejas. Algunas veces se refuerzan mutuamente; otras veces no logran entenderse. La raza y el sexo están estrechamente entrelazados y se constituyen mutuamente, pero el tejido concreto varía. Hay momentos en que la política racista aumenta la dominación masculina, pero la organización racista también puede habilitar a las mujeres de la raza dominante, y el activismo antirracista por parte de grupos subordinados puede basarse, y a la vez originarse, en la reafirmación del poder masculino dentro de esos grupos.

En tercer lugar, los patrones de difusión del cambio «en la población general» no sólo aumentan la base social que respalda el cambio, sino que desencadenan la resistencia. La población general no contiene solamente personas que se beneficiarán con el cambio, sino también personas que se han beneficiado de los patrones existentes. La difusión de los impulsos políticos o la extensión de «lógicas de equivalencia» (Laclau/Mouffe) tienen trayectorias e implicaciones políticas diferentes cuando están extendiendo los impulsos liberadores de una mayoría a nuevas esfe-

ras sociales, cuando atraviesan de un movimiento social o grupo de identidad a otro y cuando provocan la reacción de otros grupos. Los patrones de difusión pueden ayudar a forjar coaliciones políticas, pero también son la base de políticas reaccionarias. Por consiguiente, los movimientos exitosos que promueven la «revolución socio-caracterológica» no van a producir únicamente aliados, sino también enemigos.

En cuarto lugar, las críticas de reduccionismo y esencialismo dentro del marxismo han revelado lo problemático de la postulación de que ciertas formas de dominación son primarias u originales. Pero los movimientos sociales todavía enfrentan consideraciones analíticas y estratégicas que requieren establecer prioridades. ¿Existen ciertas áreas en las que las prácticas igualitarias se incorporan más rápidamente al repertorio de los hombres y las mujeres? ¿Las áreas donde las mujeres pueden desafiar más enérgicamente la dominación masculina son las mismas en las que los hombres se avienen más fácilmente a las demandas de cambio que plantean las mujeres? ¿Existen ciertas áreas desde donde las «lógicas de la equivalencia» se irradian con mayor fuerza que desde otras? Las respuestas a preguntas de ese tipo no sólo pueden ofrecer una penetración teórica en los sistemas sociales, sino también sugerir prioridades estratégicas para los movimientos sociales, proporcionar criterios para la asignación de recursos a los movimientos e indicar las formas de coalición más y menos provechosas.

Para regresar a Gorz, su énfasis en la movilización democrática en todas las esferas de la sociedad presagiaba la insistencia actual en las virtudes de las prácticas democráticas, pero su formulación también revela los límites de la insistencia en las virtudes de la movilización democrática constante⁷. Sostenía que la «reforma estructural es por definición una reforma implementada o controlada por aquellos que la exigen... una reforma estructural siempre requiere la creación de nuevos centros de poder democrático» (p. 8). También insistía en que «este poder sólo puede ejercerse al precio de la movilización constante» (p. 10). Esto no es del todo correcto. Al basar la reforma estructural en la movilización democrática, Gorz confundía los medios democráticos con los fines sustantivos. Las reformas no son estructurales si tienen que ser mantenidas mediante una movilización extraordinaria de los subordinados; ellas son estructurales cuando los «nuevos centros de poder democrático» se insertan en nuevas rutinas de la vida cotidiana que no requieren una vigilancia constante. Daré un ejemplo. En EEUU hoy en día los ricos pueden esperar como una cuestión rutinaria que ellos y sus hijos recibirán una buena aten-

⁷También prefiguraba la crítica civilizacional de la vida cotidiana, por parte de la Nueva Izquierda, al ir más allá de una versión economista de la política de clase.

ción médica. La gente pobre debe luchar para recibir un servicio igualmente bueno, para no hablar de recibirlo rutinariamente. Alcanzar ese objetivo va a requerir de tenaces luchas democráticas por la reforma de la atención sanitaria, y las soluciones de largo plazo pueden implicar la creación de cuerpos consultivos de mujeres, minorías, minusválidos, homosexuales y lesbianas, trabajadores en industrias con riesgos especiales, etc. (y la provisión de recursos para esos organismos). Pero incluso aquí nos gustaría llegar idealmente a una situación en la cual la combinación de la profesión médica, el entrenamiento del personal médico y la cultura de la profesión médica se guiara por un ethos igualitario y por prácticas igualitarias, de manera que esos grupos consultivos pudieran trabajar para fortalecer y no para corregir los patrones dominantes en la atención sanitaria.

Es claro que la reforma progresiva no puede realizarse sin la participación de quienes actualmente están subordinados; pero el cambio transformador tampoco puede realizarse a través del vasto número de inequidades que existen, si cada uno de los grupo subordinados en cada área tiene que permanecer en movilización constante. La habilitación duradera requiere de la superación del status quo mediante la movilización democrática y de la consolidación de un nuevo status quo. Las reformas son estructurales en la medida en que la movilización produce una nueva lógica social basada en cambios en las relaciones de poder entre los grupos en conflicto. Las reformas estructurales modifican los patrones sociales para disminuir la inequidad, reducen las externalidades negativas en la producción, confieren presencia y voz a los grupos e individuos marginados y silenciados, etc. En la medida en que los grupos subordinados sean capaces de transformar las lógicas sociales que han mantenido su dominación, así en sucesivas rondas de participación democrática ellos serán cada vez más fuertes, y estarán mejor capacitados para exigir otras mejoras en sus vidas.

Así pues, es necesario complementar la teoría democrática con una teoría del cambio que preste atención a la forma en que se transforman en habituales los nuevos patrones, y que establezca nuevas expectativas sobre cómo va a ser el mundo del mañana. Por ejemplo, ¿qué cambios harían falta para que las mujeres se sientan tan tranquilas como los hombres cuando caminan solas y de noche por espacios públicos? Los temores y las experiencias que los han generado no son, después de todo, invariables, carentes de contexto o imposibles de cambiar. El activismo de movimiento social, tal como las marchas de protesta con el lema «rescatemos la noche», los grupos de autoayuda que ofrecen transporte nocturno a las mujeres, las campañas ideológicas que plantean el asunto de los derechos de las mujeres, las reformas de las prácticas policiales inspiradas en el feminismo, y otros cambios (¿no especifi-

camente relacionadas con algún sexo?) como la consideración con los peatones en la planificación urbana, pueden disminuir los temores femeninos. Pero cuando la marcha termina, cuando se agotan los fondos para el transporte, cuando un urbanizador importante retiene el capital hasta poder dictar la nueva forma del espacio urbano, o cuando ciertos hombres atacan enfurecidos porque las mujeres «están tomando el mando», los progresos en la seguridad femenina se disipan. Únicamente cuando esos «nuevos centros de poder democrático» se vuelvan rutinarios y estén reforzados por otros logros feministas, podrán las mujeres sentirse habitualmente tan libres como los hombres en público. La libertad de las mujeres tiene que llegar a ser tan completa que no sea ni contra-intuitiva ni contra-hegemónica, sino que constituya el horizonte ordinario, terrenal de cada día, que sea parte constitutiva de las prácticas que forman y mantienen las instituciones, y que se reproduzca por vía de las numerosas estructuras sociales en donde ambos sexos se ejemplifican concretamente.

Las reformas estructurales son una forma de internalización; las iniciativas radicales exitosas forjan un nuevo status quo, nuevos patrones de cotidianidad, nuevas rutinas, un nuevo sentido común. Para Jean Piaget, cuando las rupturas exógenas de un sistema superan las resistencias internas, se internalizan, creando con ello una variación del sistema original que a su vez se convierte en un nuevo equilibrio⁸(Piaget, pp. 153-4). Aunque las metáforas orgánicas no son estrictamente aplicables a los procesos políticos, Piaget es revelador. Su concepto ayuda a diferenciar los cambios que se convierten en el nuevo equilibrio, de aquéllos en los cuales la lógica reproductiva básica no cambiaría salvo que fuerzas externas a la lógica social básica ejerzan presión, sean esas fuerzas la intervención de potencias foráneas, la acción del Estado o formas de movilización no habituales. La internalización de una nueva lógica social no implica un modelo estático; los equilibrios - viejos o nuevos - pueden ser dinámicos. En sistemas dinámicos, la internalización significa que la trayectoria del cambio se torna diferente de lo que habría sido sin la reforma estructural.

Si las reformas estructurales entrañan la internalización, entonces la metáfora espacial de Gorz - «nuevos centros de poder democrático» resulta un tanto delusoria. Las nuevas relaciones de poder pueden posesionarse inicialmente de un lugar particular, pero sólo se volverán «reformas estructurales» auto-reproductivas, duraderas, cuando se realicen a niveles micro y macro y a través de sus mediaciones. La mayoría de las feministas quieren que sus parejas (por lo general masculinas, pero también femeninas) internalicen divisiones del trabajo menos fundamentadas en

⁸Gracias de Jeremy Brecher por mencionarme a Piaget en este contexto.

los sexos, nuevas maneras de pensar sobre el valor de los quehaceres domésticos, comprensión de la necesidad de la planificación en la economía doméstica y no de una mera disposición (malhumorada) a realizar tareas específicas cuando se los recuerda una pareja constantemente vigilante. Como han observado las feministas, la necesidad de vigilancia constante (un correlativo individual de la movilización colectiva constante) puede ser agotadora; obligar a otros a mantener una vigilancia constante es en sí una forma de resistencia al cambio. Las feministas también tratan de modificar las estructuras, prácticas y políticas macroeconómicas, para que dejen de ser activamente masculino-tendenciosas o neutrales en relación a los sexos (y por ende receptivas a señales tendenciosas de otras relaciones sociales), y contribuyan más bien a la igualdad entre los sexos. Por supuesto, en las fases tempranas de esa movilización previa a la internalización, los centros locales de poder podrían muy bien existir como elementos del Estado, intrusiones en la ideología dominante o marcos institucionales particulares. Pero si esas intrusiones son la medida del éxito de los movimientos, entonces no se ha cambiado la lógica reproductiva.

No existe una vía única, o siquiera mejor, para llegar con éxito a la internalización, y un breve análisis de las diferentes maneras en que se pueden lograr los éxitos indica la necesidad de una comprensión flexible del poder. Los nuevos movimientos sociales son internamente complejos y a menudo engloban tácticas divergentes. Por ejemplo, entre los conservacionistas se destacan tanto la movilización militante como el recurrir al conocimiento especializado para tratar un asunto. La reforma estructural puede provenir de la movilización militante, opositora. Los movimientos NIMBY (Not in my Backyard/no en mi patio trasero) contra los desechos tóxicos que surgieron en los años 80, llevaron a algunas empresas a modificar sus procesos de producción cuando eso se volvió más económico que exteriorizar sus costos a través del vertimiento de desechos nocivos (Szasz). Pero hay otros resultados posibles; las acciones NIMBY exitosas que no consiguen reformar inmediatamente los procesos de producción pueden incrementar los costos de eliminación de los desechos, con lo cual aumenta la resistencia de los contribuyentes (Seccombe). Pero otra respuesta empresarial consiste en verter los desechos en comunidades que tengan la menor capacidad organizacional para resistir y la mayor necesidad económica de recibir los desechos; de allí que vayan a parar a comunidades y naciones empobrecidas. En este caso la política NIMBY le permite a ciertas comunidades hacer lo que las élites económicas poderosas ya están haciendo - desplazar los costos a otros -. De manera que los resultados de la militancia son imprecisos; entonces surge el interrogante de si existen algunos asuntos por los cuales los insurgentes desearían poder luchar positivamente, no sólo a través de la resistencia.

Existen tantos peligros como atractivos en la internalización de las reformas. Tres peligros particulares son dignos de mención. En primer lugar, la internalización no es un asunto de todo o nada, puede que tenga lugar en partes de una estructura social y en otras no; y los desequilibrios pueden socavar la extensión de las reformas logradas. Por ejemplo, aun si a nivel global es más barato internalizar los cambios en la producción, muchas veces para las empresas individuales resulta económicamente racional el continuar exteriorizando los costos. En una economía global, diferentes pasos de internalización en una industria particular, en regiones o políticas diferentes, pueden muy bien conducir a la resistencia, porque los directores de las empresas que comienzan a internalizar los costos de producción pueden temer que estarán en desventaja en relación con las corporaciones que siguen exteriorizando esos costos. Los propietarios de empresas pueden adaptarse más fácilmente a los cambios que disminuyen ligeramente su control sobre las decisiones de inversión y sobre la colocación de excedentes si todos los propietarios relevantes enfrentan las mismas limitaciones; es mucho menos probable que estén dispuestos a soportar los costos de transición cuando otros no lo hacen. Esta es una de las razones por las cuales las estrategias que hacen hincapié en la internalización raramente pueden evitar por completo la intervención del Estado; los regímenes reguladores que imponen costos a todos los actores económicos pertinentes pueden socavar la resistencia al cambio y ayudar a establecer reglas nuevas para dedicarse a la producción y a otras transacciones económicas⁹. Claro está que esto no significa que las élites reciban con beneplácito las regulaciones que disminuyen su poder y autonomía; estos grupos dominantes buscarán formas de evitar la regulación y de recuperar sus ventajas, privilegios y control sobre los recursos.

En segundo lugar, existe un fenómeno similar en relación con los asuntos planteados por los movimientos pro identidad. Aun cuando algunos grupos de hombres, por ejemplo, están comenzando a internalizar las normas feministas, ese proceso no ocurre en forma pareja a través de todos los grupos y regiones. De este modo, el conflicto entre grupos subordinados y dominantes - mujeres y hombres puede quedar encubierto por un conflicto basado en otras identidades tales como la región, la religión o la clase, o incluso reconstituirse como tal. Los movimientos de reacción exitosos pueden crear divisiones políticas y culturales que irrumpen contra aquellas moldeadas por los movimientos sociales radicales, fraguando de esa manera coaliciones que socavan el poder de los movimientos insurgentes.

⁹La tendencia a considerar los nuevos movimientos sociales como desinteresados en el Estado es demasiado simplista. Puede ser que no tengan una vocación de poder estatal como la tuvieron los movimientos liberales y socialistas, pero muchas veces buscan modificar profundamente las interacciones Estado-sociedad, para exigir que el Estado intervenga en las prácticas económicas o sociales.

El tercer asunto, y tal vez el más problemático desde el punto de vista ético, es que la internalización de nuevas actitudes sobre la vida - y no simplemente nuevas estructuras de acción - es potencialmente coercitiva o inhibidora de la libertad a nivel individual. Una cosa es privar a las élites económicas de su control sobre los recursos sujetando las relaciones de propiedad y las transacciones económicas a prácticas sociales igualitarias y ecológicamente sanas. Una cosa es exigir que los fundamentalistas religiosos homofóbicos actúen en público con un mínimo de tolerancia hacia los homosexuales. Ambos cambios inhiben la libertad de algunos (las élites económicas y los homófobos) para aumentar la libertad de otros (las mayorías económicas y los homosexuales, las lesbianas y los heterosexuales comprometidos con la diversidad y la tolerancia), al cambiar las estructuras de los incentivos para la acción por interés personal. Sin embargo, es más agresivo pedirle a la gente, no sólo que se adapte a nuevos estándares de conducta, sino que repudie valores culturales profundamente arraigados para ellos mismos y para sus hijos. Exigir que las personas (cuya cultura y costumbres legitiman los privilegios) repudien sus propios valores y que acojan con beneplácito en las escuelas públicas, en sus iglesias y familias una política cultural diseñada para inculcar precisamente los valores a los que se oponen, huele a tecnología social. Por último es preferible que la desigualdad económica y la violencia homofóbica declinen porque la gente dejó de ser propensa a empeñarse en conductas que las perpetúan, a que declinen porque las personas realizan (niveles estadísticamente significativos de) ajustes racionales a nuevos regímenes reguladores que las disuaden de actos de intolerancia. La internalización de esas nuevas «actitudes más intelectuales» implica cambiar las lógicas reproductivas de los valores personales, al igual que la dinámica macroinstitucional. Algunos críticos de ese cambio argumentan que el mismo constituye una pendiente resbalosa, inexorable, que va, por ejemplo, de estimular la tolerancia para con los homosexuales al gulag totalitario. Pero muchos de esos mismos críticos creen que las escuelas, las iglesias y las familias deberían enseñar modales y «valores familiares», o inculcar el patriotismo. Como muchas veces ocurre, se confunde los compromisos sustantivos y los de procedimientos. No existen reglas universalmente válidas para determinar qué clase de cambios de actitud deberían ser estimulados por quiénes, ni por quiénes en cuáles formas.

Hoy en día hay muchas razones para el pesimismo; pero esas razones no están dadas por la naturaleza, la naturaleza humana, ni los diferentes objetivos están tan reñidos unos con otros como para crear insuperables bloqueos al progreso. Los grupos dominantes al igual que los subordinados están cada vez más desgarrados por numerosas identidades que crean oportunidades de alianzas progresistas; las identidades no sólo están dadas, sino que se eligen, y la ideología democrática sigue

siendo fuerte. Los cambios sociales de proporciones revolucionarias son fundamentales para realizar los objetivos que ya millones de personas consideran legítimos. Derrick Bell estaba en lo correcto al insistir en que «el objetivo de lograr una sociedad justa para todos es moralmente correcto, estratégicamente necesario y tácticamente saludable.» (Bell, p. 256).

Bibliografía

- *Samir, Amin; Arrighi, Giovanni; Gunder-Frank, Andre; Wallerstein, Immanuel, TRANSFORMING THE REVOLUTION. - Nueva York, EEUU, Monthly Review Press. 1990; Strategy of Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements.
- *Andrew, Arato; Cohen, Jean L., CIVIL SOCIETY AND POLITICAL THEORY. - Cambridge, The MIT Press. 1992; Democratic Science? AIDS Activism and the Contested Construction of Knowledge.
- *Zygmunt, Bauman, INTIMATIONS OF MODERNITY. - New York, EEUU, Routledge. 1992; After Capitalism: What Now?
- *Zygmunt, Bauman, MODERNITY AND AMBIVALENCE, ROUTLEDGE. - New York, EEUU, Routledge. 1991; Socialism, No.
- *Derrick, Bell, AND WE SHALL NOTE BE SAVED: THE ELUSIVE QUEST FOR RACIAL JUSTICE. - New York, EEUU, Basic Books. 1987;
- *Benhabib, Seyla, CRITIQUE, NORM, AND UTOPIA: A STUDY OF THE FOUNDATIONS OF CRITICAL THEORY. - New York, EEUU, Columbia University Press. 1986;
- *Bowles, Samuel; Herbert, Gintis, DEMOCRACY AND CAPITALISM: PROPERTY, COMMUNITY, AND THE CONTRADICTIONS OF MODERN SOCIETY THOUGHT. - New York, EEUU, Basic Books. 1986;
- *Cohen, Jean L., SOCIAL RESEARCH. 52, 2. p663-716 - 1985;
- *Cocks, Joan, THE OPPOSITIONAL IMAGINATION: FEMINISM, CRITIQUE AND POLITICAL THEORY. - New York, EEUU, Routledge. 1989;
- *Elster, Jon, MAKING SENSE OF MARX. - New York, EEUU, Cambridge University Press. 1985;
- *Epstein, Barbara, POLITICAL PROTEST & CULTURAL REVOLUTION: NONVIOLENT DIRECT ACTION IN THE 1970S AND 1980S. - Berkeley, EEUU, University of California Press. 1991;
- *Epstein, Steven, SOCIALIST REVIEW. 21, 2. p35-64 - 1991;
- *Foss, Daniel A.; Larkin, Ralph, BEYOND REVOLUTION: A NEW THEORY OF SOCIAL MOVEMENTS. - South Hadley-Ma., EEUU, Bergin and Garvey Publishers. 1986;
- *Gorz, Andre, STRATEGY FOR LABOR: A RADICAL PROPOSAL. - Boston, EEUU, Beacon Press. 1967;
- *Jacques, Martin, SOCIAL POLICY. 21, 2. p12-16 - 1967;
- *Kauffman, L.A.,

- *Kloppenborg, Jack, Jr., THE PROGRESSIVE. p27-9 - 1993; Mouffe, C. -- Alternative Agriculture and the New Biotechnologies.
- *Laclau, Ernesto, SCIENCE AS CULTURE. 2, 4. p482-506 - 1991; «Beyond Emancipation.
- *Laclau, Ernesto; Mouffe, Chantal, DEVELOPMENT AND CHANGE. 23, 3. p121-37 - 1992; Preface: Democratic Politics Today.
- *Marx, Karl, HEGEMONY AND SOCIALIST STRATEGY: TOWARDS A RADICAL DEMOCRATIC POLITICS. - Londres, Inglaterra, Verso. 1985; Transformation Time!
- *Mouffe, Chantal, SELECTED WRITINGS IN SOCIOLOGY & SOCIAL PHILOSOPHY. - New York, EEUU, McGraw-Hill; Books Company. 1964; Books.
- *Piaget, Jean, DIMENSIONS OF RADICAL DEMOCRACY: PLURALISM, CITIZENSHIP. p1-14 - New York, EEUU, Community. 1992; In Praise of Policy Luddism: Strategic Lessons from the Hazardous Waste Wars.
- *Przeworski, Adam, THE EQUILIBRATION OF COGNITIVE STRUCTURES: THE CENTRAL PROBLEM OF INTELLECTUAL DEVELOPMENT. - Chicago, EEUU, University of Chicago Press. 1985; Struggle, Politics and Reform: Collective Action, Social Movements, and Cycles of Protest.
- *Sachs, Wolfgang, DEMOCRACY AND THE MARKET: POLITICAL AND ECONOMIC REFORMS IN EASTERN EUROPE AND LATIN AMERICA. - New York, EEUU, Cambridge University Press. 1991; The Life and Times of Socialism.
- *Secombe, Wally, THE DEVELOPMENT DICTIONARY: A GUIDE TO KNOWLEDGE AS POWER. - New Jersey, EEUU, Zed Books Ltd.. 1992; An Introduction to the Study of Social Movements.
- *Singh, Mala, CHANGING OUR RELATIONSHIP WITH NATURE: ELEMENTS OF A TRANSITIONAL PROGRAM FOR A GREEN ECONOMY. - 1990; The Idea of Revolution.
- *Steiner, George, TRANSFORMATION. 7. p48-60 - 1992; A Theory of Revolution.
- *Szasz, Andre, NEW YORKER-PRENSA. p113-20 - 1990; Capitalism and Human Emancipation.
- *Tarrow, Sidney, CAPITALISM, NATURE AND SOCIALISM. 2, 1. p1743 - 1991;
- *Therborn, Goren, WESTERN SOCIETIES PROGRAM OCCASIONAL PAPER. 21 - Ithaca, EEUU, Center for International Studies. 1989;
- *Touraine, Alain, NEW LEFT REVIEW. 194. p17-32 - 1992;
- *Touraine, Alain, SOCIAL RESEARCH. 52, 4. p749-87 - 1985;
- *Tucker, Robert C., THEORY, CULTURE & SOCIETY. p121-41 - 1990;
- *Walzer, Michael, THE MARX-ENGELS READER, W.W. - New York, EEUU, Norton and Co.. 1987;
- *Wood, Ellen M., MARXIST PERSPECTIVES. 2, 1. p30-44 - 1979;

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 136, Marzo-Abril de 1995, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.